

## RECORDANDO Gn 1-3

La vida dura de los primeros padres y pobladores de la tierra, tal como lo ve el autor bíblico es consecuencia de la vida desordenada, fruto de los egoísmos de los seres humanos, de la cadena del mal en la que la humanidad tropieza. Y Eva que comiendo del fruto buscaba libertad e iniciativa la pierde y Adán que estaba falto de compañera no sabe utilizar la ayuda paritaria que se le ofrece y se encuentra con una esclava. No es castigo divino sino el producto del camino de la libertad que ahora se inicia, una libertad mal utilizada que el Yahvista lamenta y piensa que va contra la voluntad divina.

Es cierto que en la vida del ser humano hay pecado y que el relato del Génesis, por hablar de orígenes, hace mención a esa actitud que ahora se inicia pero el meollo de la cuestión hace referencia a otro tema: el paso de la adolescencia a la madurez y su correspondiente abandono de la casa familiar. En ese proceso el hombre va adquiriendo conciencia de su yo y se va descubriendo diferente a su entorno, a los animales, advierte su condición sexual y lo que es más importante se descubre distinto de Dios mismo. Poco a poco, el hombre observa su limitación cuando batalla con la fertilidad de la tierra, en su lucha con los animales, en las injustas estructuras sociales, en la enfermedad y en la muerte. Para volver al Paraíso hay que ganarse el pan.

Los estudios literarios actuales nos han hecho comprender que la labor de un texto está en colocarse como intermedio entre el autor y el lector y que, este último, intenta buscar el sentido acoplándolo a su propia identidad y al mundo en que vive. La grandeza de toda obra literaria, y más la bíblico-simbólica y mítica, es que sus claves quedan abiertas a futuros lectores.

Resumiendo: Desde un momento histórico concreto, el pueblo de Israel (o sus élites ilustradas) miraron hacia atrás para explicar su realidad, es decir, su presente. El pasado era recuperado y evocado en función del presente que estaba viviendo, de forma que explicara, ordenara y asegurara el momento que estaban viviendo, sus instituciones, sus valores...

Esta operación de relectura se volverá a repetir en diferentes épocas históricas y en diferentes situaciones vitales y desde intereses sociales diferentes. Los autores no tienen reparo en tomar los mismos temas y la misma tradición y volverla a contar, modificándola, siempre en su momento histórico en el que viven, en función de su presente.

Los relatos del Génesis 1-11 explicaban el papel de las mujeres y varones, así como sus relaciones, la razones del trabajo agrícola...; mientras que en las narraciones patriarcales Génesis 12-50 se encontraban las explicaciones a las relaciones de Israel con los pueblos vecinos.

Cuando el presente se volvía problemático, el pueblo de Israel echaba la vista hacia el pasado, en busca de explicación y de luz. Un caso claro lo tenemos en el autor 'sacerdotal' cuando están en el exilio.

Al redactor-autor post-exílico le interesa aclarar quién es el auténtico Israel, quién pertenece al pueblo y por tanto quién es heredero de la promesa, la tierra. En consecuencia le interesa definir la línea legítima de descendencia, y las relaciones entre Israel y el resto de pueblos vecinos. Estas relaciones son descritas en términos de una historia familiar. En función de este proyecto se utilizan los materiales.

Los primeros once capítulos del Génesis narran la prehistoria de la humanidad, incluida la creación del universo, del mundo y del ser humano. Tal creación es entendida como una ordenación que como creación de la nada. Esto significa que lo que se está describiendo y explicando es precisamente la realidad existente.

Recordamos que en el difícil y ambiguo proceso de la humanización el narrador Yahvista es fundamental. En el relato el autor se pregunta de cómo las cosas han llegado a ser como son. Es pues un relato 'etiológico', que pretende explicar cómo diferentes realidades (lugares, denominaciones, instituciones, costumbres, ritos...) han llegado a ser lo que son. El relato narra el proceso de humanización y sus consecuencias. Dicho proceso comienza con la decisión de comer del árbol de la ciencia, es decir, con la adquisición de la capacidad de discernir y optar que define a los seres humanos adultos. La desobediencia de la prohibición del Creador no es tal 'desobediencia' en sentido moral, sino más bien un motivo de ese tipo de narraciones populares a las que pertenece Gn 2-3, y que sirve para anunciar el acceso a la cultura y a la humanización. La serpiente, en esas culturas, estaba relacionada con la fertilidad, la vida renovada y la sabiduría.

Las palabras puestas en boca del Creador no son prescriptivas sino descriptivas, es decir no son una maldición, sino que más bien es una descripción de cómo son las relaciones entre varón y mujer, y cuál es la posición de ésta respecto a su marido, en la sociedad. (ss X-IX aC). Y hay que hacer notar que esas relaciones de dominio y subordinación no placen a Dios. El problema surgió después cuando al interpretarse este relato a través del mito de Pandora, se llegó a considerar a Eva la causa de la entrada del pecado en el mundo, y la seductora del hombre.

Los once capítulos primeros del Génesis están organizados alrededor de tres genealogías (cap. 5.10.11) que sirven para enlazar esa prehistoria o inicio primordial con la historia de los patriarcas del pueblo (cap 12). Ese camino está jalonado por tres fallos que desbaratan el plan salvador de Dios: pecado del hombre que destruye a su hermano, en la narración sobre Caín y Abel; pecado de la humanidad que da lugar al diluvio; pecado de las naciones que produce la confusión de lenguas en Babel.

Cada uno de estos fallos da paso a un nuevo comienzo por parte de Dios, comienzo señalado por las genealogías. La que va de Adán a Noé (cap 5), la tabla de las naciones (cap 10); la de Noé a Abrahán (cap 12) con la que da paso a la historia de los patriarcas y matriarcas de Israel, encargados de comenzar la historia de un pueblo que será responsable de llevar la bendición de Dios a todos los demás (Gn 12,1-3).

RELECTURA DEL GÉNESIS

Isabel Gómez Acebo y Carmen Bernabé  
Desclée de Brouwer, Madrid, 1997, 265 pp